

mujeres y niños, pues los tlaxcaltecas no se detuvieron en respetar sexo ni edad, como no se detenía ningún ejército de aquellas naciones, cuando alcanzaba el triunfo y tomaba alguna ciudad (1).

Terminado el combate, empezó el saqueo y el incendio, viéndose envueltos entre las llamas los principales edificios, pertenecientes á la nobleza. La noche tendió sus sombras en aquellos instantes de la desolacion, y el fuego que se elevaba de las incendiadas casas, enviaba su siniestra luz sobre el tranquilo lago, cubierto de canoas, desde las cuales miraban los habitantes que se habian salvado, derrumbarse los techos del hogar donde pocas horas antes descansaban.

En los momentos en que los soldados vencedores celebraban su triunfo, los ojos de Hernan Cortés creyeron descubrir un gran peligro que les amenazaba. A la brillante luz producida por el incendio, observó, sorprendido, que el agua corria con precipitacion de los canales, y que las casas empezaban á inundarse. Entonces fijó su imaginacion en la presa que poco antes de entrar en la ciudad habia visto rota, y que en los instantes del triunfo no llamó su atencion «aquel engaño, como él mismo dice, con la codicia de la victoria.»

Comprendiendo la causa que motivaba la subida del agua, ó «inspirado, como él dice, por una idea salvadora que le envió el cielo, reunió á sus soldados y abandonaron

(1) «Y murieron dellos mas de seis mil ánimas entre hombres y mujeres y niños; porque los indios nuestros amigos, visto la victoria que Dios nos daba, no entendian en otra cosa sino en matar á diestro y á siniestro.» — Tercera carta de Cortés á Carlos V.

precipitadamente la ciudad (1).» Se imaginó que los indios habian roto el dique que contenia las aguas del lago salobre para inundar los alrededores de la ciudad y quitarles la salida. No se habia equivocado. Los aztecas, al retirarse, habian deshecho la presa, haciendo que por la abertura se precipitasen las aguas de la laguna sobre la parte mas baja, cortando así la retirada á los españoles, dejándoles encerrados dentro de las ondas. El ejército, alarmado, apresuró el paso para salir del terreno que empezaba á inundarse. Cargado con los despojos cogidos en la ciudad, caminaban los soldados por el agua y entre las sombras, sobresaltados de ver que, á medida que avanzaban, crecía gradualmente el líquido elemento. Cuando llegaron al sitio en que habian roto el dique, el agua corria con ímpetu espantoso, y su elevacion era ya alarmante. Si el ejército hubiera permanecido tres horas mas en Iztapalapan, ninguno de los que lo componian se hubiera salvado (2). La fuerza con que el agua se precipitaba, hacia difícil sostenerse en pié. Para salvar la vida, era preciso arrojar los despojos cogidos en la ciudad. Todos los tiraron al agua, que les daba ya en el pecho, para poder resistir la fuerza de la corriente. Los españoles lograron pasar sin desgracia ninguna personal; pero no tuvieron la misma fortuna los tlaxcaltecas, pues se ahogaron algunos de ellos.

(1) «Y estándolas quemando, pareció que nuestro señor me inspiró é me trajo á la memoria la calzada ó presa que habia visto rota en el camino, y representóseme el gran daño que era.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Certifico á V. M. que si aquella noche no pasáramos el agua, ó aguardáramos tres horas mas, que ninguno de nosotros escapara, porque quedábamos cercados de agua, sin tener paso por parte ninguna.—Idem.

Nada se salvó del botín. Los soldados, abandonando lo que juzgaban premio de la victoria, se encontraban con las municiones mojadas, y empapados en agua los vestidos. Sin poblacion ninguna próxima donde alojarse y tomar algun alimento, el ejército pasó la noche en el campo, aterido de frio, por carecer de lumbre donde secar la ropa, y vigilando para no ser sorprendido (1). Cuando brilló la luz del siguiente dia, los españoles tendieron la vista hácia la laguna, y la hallaron cubierta de canoas llenas de guerros, que sin duda habian esperado encontrar á los hombres blancos rodeados de agua y reducidos á la más estrecha necesidad. Viendo fallido su cálculo arrojaron una lluvia de flechas sobre el ejército español, y varios escuadrones saltaron á tierra para hostilizarle en su marcha. Hernan Cortés, viendo que era indispensable dar descanso á la tropa y que cambiase por otros sus mojados vestidos, volvió á Texcoco, combatiendo sin cesar con los numerosos contrarios que trataban de cerrarle el paso.

No dejó de ser mortificante para el caudillo español el haberse visto precisado á salir de Iztapalapan precipitadamente. Habia dispuesto, cuando emprendió la expedicion sobre la ciudad, permanecer algunos dias en ella, con objeto de dominar á los que habiendo sido vasallos de Cuitlahua, se distinguieron en la lucha sostenida en las calles de la capital, quedando triunfantes en la Noche Triste. Sensible le fué, por lo mismo, verse precisado á

(1) «Y nosotros, con gran riesgo de nuestras personas, todos bien mojados, y la pólvora perdida, salimos sin hato, y como estábamos de aquella manera y con mucho frio, y aun sin cenar, pasamos mala noche.» — Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

volver á Texcoco, sin haber logrado cumplidamente su objeto. Cierto es que habian visto saqueada su ciudad y parte de ella incendiada, después de haber sufrido sensibles pérdidas en el combate; pero tambien lo es, que se valieron de un ardid con que le obligaron á dejar lo conquistado. Sin embargo, aunque no alcanzase en la expedición el completo plan que se habia propuesto al emprenderla, los resultados que produjo fueron brillantes para los españoles. Iztapalapan era una ciudad importante, próxima á la capital, de donde podia recibir el auxilio de numerosos ejércitos enviados por el emperador; se hallaba en condiciones, por lo mismo, muy superiores á todas las demás poblaciones sujetas á la corona de Méjico. La noticia de que habia sido tomada por asalto y entregada á las llamas, llenó, en consecuencia, de terror á las que estaban muy lejos de contar con los elementos de defensa de ella. Todas las poblaciones del valle temieron correr la misma suerte, y muchas se apresuraron á enviar sus embajadores, solicitando la alianza de los hombres blancos. Entre las ciudades de importancia que se apresuraron á enviar sus mensajeros, se contaba Otumba, junto á la cual se habia dado la gran batalla ganada por los españoles, y otras tres poblaciones no menos considerables de la misma comarca. Los enviados, se disculparon de las hostilidades pasadas, diciendo que los mejicanos les habían obligado á ello; pero que serian leales vasallos de la corona de Castilla, si se les admitia como aliados. Añadieron que aun en aquellos momentos les exigia el emperador de Méjico que levantasen gente para hacer la guerra á los hombres blancos; pero que estaban resueltos á luchar contra el imperio

azteca que habia tenido supeditadas hasta entonces á las provincias del Anáhuac. Hernan Cortés admitió con verdadera satisfacción la alianza que se le proponia, ofreciéndoles defenderles en caso de que los aztecas, como temian, fuesen á atacarles, y los mensajeros se retiraron contentos y tranquilos. La protesta de adhesion hecha por los embajadores en nombre de los habitantes de los pueblos, fué sincera, pues siempre fueron fieles á los españoles (1).

Siguió á la anterior confederacion, otra de mucha mayor importancia: la de Chalco, ciudad y Estado poderoso, situado en la márgen oriental del lago del mismo nombre. Los chalqueños habian sido siempre enemigos de los mejicanos. Nacion valiente y belicosa, habia conservado su independenciam, figurando como una de las primeras del valle. Moctezuma primero, ayudado de los ejércitos texcoanos y del rey de Tlacopan, logró supeditarla á la corona de Méjico en 1436, despues de una gran batalla, en que los chalqueños, después de combatir heroicamente por agua y tierra, contra triplicadas fuerzas, sucumbieron agobiados por el número de sus contrarios. Varias veces, y en distintas épocas, intentaron romper el yugo impuesto por sus vencedores; pero era imposible luchar contra las tres naciones confederadas; y todas las tentativas hechas para recobrar su independenciam, fueron inútiles.

Desde que los españoles pisaron el territorio de Anáhuac, acariciaron la esperanza de alcanzar el objeto anhelado, y aguardaron con ansia el momento oportuno para unirse á

(1) «E de ahí adelante siempre han sido y son leales y obedientes al servicio de V. M.»—Tercera carta de Cortés.

ellos. El emperador azteca Guatemotzin, sospechando lo que intentaban, situó en Chalco una numerosa guarnición mejicana que tuviese sujetos á sus habitantes. Los señores de la ciudad, viendo que era imposible obrar libremente, enviaron una embajada secreta á Hernan Cortés, solicitando su auxilio, y ofreciéndole fidelidad y alianza, si les ayudaba á arrojar del territorio de la provincia á las tropas aztecas. El caudillo español que comprendia la importancia de la adhesión del poderoso Estado de Chalco, se apresuró á obsequiar el deseo manifestado por los embajadores. Nombró por jefe de la expedición al valiente Gonzalo de Sandoval, en quien concurrían las dotes de un excelente capitán, y puso bajo su mando veinte soldados de caballería, doscientos infantes españoles y numerosas fuerzas aliadas. Dispuesta la marcha, le encargó que antes de dirigirse á Chalco, acompañase, hasta dejarles fuera del alcance de los mejicanos, á un número de tropas tlaxcaltecas que querían llevar á su país los ricos despojos cogidos en las batallas. Dió la vanguardia, Sandoval, á los tlaxcaltecas, y se emprendió la jornada en las primeras horas de la mañana. Los mejicanos, que recibían aviso de todos los movimientos del cuartel español, se emboscaron en un punto del camino, y esperaron el momento de que se acercasen los contrarios para lanzarse sobre ellos. Los tlaxcaltecas, no viendo enemigos á su frente y creyéndose seguros porque llevaban defendida la espalda por las fuerzas españolas, caminaban de toda confianza. De repente, al llegar al sitio en que estaba la emboscada, se vieron acometidos por los escuadrones aztecas. Sorprendidos y acosados por todas partes, se desordenaron, dejando en poder de los

mejicanos el rico botin que llevaban. En esos momentos llegó Gonzalo de Sandoval, y acometiendo, á su vez, á los aztecas, les destrozó completamente, les puso en precipitada fuga y recobró el botin, que entregó inmediatamente á los tlaxcaltecas. La marcha se siguió ya sin encontrar obstáculo ninguno; y Sandoval, despues de dejar libres de todo peligro á las fuerzas de Tlaxcala, se dirigió á Chalco para cumplir con las instrucciones de Cortés.

Conociendo el valor de los mejicanos y no dudando que se presentarian á disputarle el paso, hizo que el ejército caminase con todas las precauciones debidas, con las armas dispuestas, como si se hallase en el combate. El camino que llevaban se hallaba cubierto de maizales y de la hermosa y productiva planta del maguey. Para evitar una sorpresa, marchaban por delante cuatro soldados de infanteria de los más ligeros, y tres de caballería.

Noticiosas las tropas mejicanas que guarnecian Chalco de la proximidad de los españoles, salieron á presentarles batalla. Mandados por intrépidos capitanes, los aztecas eligieron para la lucha, el hermoso llano que se encuentra entre Texcoco y Chalco. Su número ascendia á doce mil guerreros, y sus armas eran de las mas lucidas y temibles.

Gonzalo de Sandoval formó su gente, y dando las instrucciones convenientes, atacó con ímpetu á sus contrarios, que le recibieron con una lluvia de flechas y de piedras. La lucha se empeñó con ardor por una y otra parte. Varios escuadrones aztecas, armados de largas lanzas, resistian á los soldados de caballería, mientras de los espesos maizales, que se extendían por el campo, lanzaban un diluvio de armas arrojadas. El combate fué reñido; cinco solda-

dos españoles y seis caballos se encontraban heridos, siendo no corto el número de muertos de las tropas auxiliares, pero á pesar del valor de los mejicanos, al fin fueron destrozados y puestos en precipitada fuga, dejando el campo de batalla cubierto de cadáveres.

Los chalqueños, al tener noticia de la victoria alcanzada por los españoles, salieron á recibirles con las demostraciones del mayor entusiasmo, y les condujeron á la ciudad entre vítores y aclamaciones de júbilo, conduciéndoles á los cuarteles por arcos de enramada y de flores, que habían levantado en las calles del tránsito. Todos parecia que trataban de competir en manifestar su gratitud á los hombres blancos por haberles librado del yugo azteca.

La adhesion de los chalqueños era firme y sincera. Hacia pocos días que habia muerto, víctima de las viruelas, el señor de aquel Estado. Al acercarse los últimos momentos de su vida, llamó á dos hijos que tenia, y les recomendó que se confederasen con los españoles, que les fuesen fieles constantemente, y que viesen en ellos á los hombres á quienes les correspondía el gobierno del Anáhuac, segun estaba señalado por el oráculo y la disposición de los dioses. La misma súplica hizo á la nobleza del país, que ofreció obsequiar su deseo, y espiró manifestando profundo sentimiento de no haber conocido á los hombres blancos antes de morir. Por eso las demostraciones de aprecio de los grandes y del pueblo hácia los castellanos rayaban en delirio.

Arrojados del territorio de Chalco los mejicanos, Gonzalo de Sandoval dispuso volver á Texcoco al siguiente dia. La nobleza le suplicó que llevase consigo á los dos hijos

del señor de la provincia, pues anhelaban visitar á Cortés para cumplir con la voluntad manifestada por su padre, y el capitán español se manifestó dispuesto á complacerles.

La marcha hácia Texcoco se emprendió muy temprano, y los dos jóvenes, acompañados de los principales personajes del Estado, se presentaron á Cortés, que les recibió con la afabilidad que le caracterizaba. Después de manifestarle que cumplieran con la orden que su moribundo padre les había dado, y que ellos obsequiaban con verdadera satisfacción, le ofrecieron fidelidad, y le suplicaron que les recibiese como vasallos del monarca de Castilla (1). Después de haber manifestado su adhesión á Cortés, le presentaron un regalo de curiosas joyas, cuyo valor ascendía á trescientos pesos de oro, y protestaron que su alianza sería inquebrantable, pues nunca olvidarían que el autor de sus días les había recomendado que viesan en el caudillo español un padre y un amigo (2).

(1) «Y los de Chalco le dijeron que querían ir con él para ver y hablar á Malinche, y llevar consigo dos hijos del señor de aquella provincia, que había pocos días que era fallecido de viruelas, y que antes que muriese, que había encomendado á todos sus principales y viejos que llevasen sus hijos para verse con el capitán, y que por su mano fuesen señores de Chalco, y que todos procurasen de ser sujetos al Rey de los teules, porque ciertamente sus antepasados les habían dicho que habían de señorear aquellas tierras hombres que venían con barbas de hácia donde sale el sol, y que por las cosas que han visto éramos nosotros.»—Bernal Diaz del Castillo. Hist. de la conq.

(2) «Vinieron ante mí aquellos principales con dos hijos del señor de Chalco, y diéronnos obra de trescientos pesos de oro en piezas, y dijeronme cómo su padre era fallecido, y que al tiempo de su muerte les había dicho que la mayor pena que llevaba era no verme primero que muriese, y que muchos días me habían estado esperando; y que les habían mandado que, luego como yo á esta provincia viniese, me viniesen á ver y me tuviesen por su padre.»—Tercera carta de Cortés.

El caudillo español les expresó su gratitud con frases las más expresivas, y manifestó á la nobleza la alta satisfacción que sentía de tener por aliada una provincia en cuyos hijos residían el valor y la lealtad. Les prometió, como solicitaban, defenderles en caso de que los mejicanos tratasen de atacarlos; y en seguida, por solicitud de la nobleza y de los dos jóvenes, dividió entre estos el Estado, dando al mayor el gobierno de la ciudad principal, con otros pueblos inmediatos, y al menor el de Tlalmalco, Chimalhuacan, Ayotzinco y algunos lugares de menos importancia.

Los jóvenes y la nobleza chalqueña, contentos de la alianza hecha con los españoles, marcharon al siguiente día á Chalco, acompañados de Gonzalo de Sandoval y de una fuerza castellana, para evitar que fuesen atacados en el camino por los mejicanos.

El emperador Guatemotzin, queriendo castigar á varios pueblos de los que se habían confederado á Hernán Cortés, destacó fuerzas considerables contra ellos; pero avisado á tiempo el general castellano por los que se veían amenazados del movimiento de los mejicanos, lograba destruir los planes de los aztecas, haciendo que fracasasen todas sus tentativas. No desistían, por esto, de su intento los mejicanos; y las poblaciones, amagadas de continuo por ellos, solicitaban á un tiempo, el favor de los españoles. En los momentos en que el caudillo castellano se veía en la precisión de enviar á Tlaxcala una fuerza de sus compatriotas, para custodiar los bergantines que estaban ya terminados y conducirlos á Texcoco, se presentaron varios nobles chalqueños, implorando su auxilio, para defenderse de los ejér-

bitos aztecas que se preparaban para ir sobre la ciudad de Chalco. El compromiso de Cortés era enorme. Miraba como una obligacion sagrada defender á los pueblos que se habian comprometido, separándose de la obediencia de Méjico, y carecia de gente para poder acudir, á la vez, á distintas partes. Entonces comprendió mas que nunca, la desproporción que existia entre sus escasos recursos y la magnitud de la empresa que habia acometido. Anhelaba volar al socorro de sus confederados, y se encontraba en la imposibilidad de hacerlo. Nada le era mas sensible á Hernan Cortés, como él mismo asegura, «que encontrarse sin poder prestar auxilio á los nativos que habian buscado su protección y amparo contra los mejicanos (1).»

El caudillo español escuchó la justa solicitud de los chalqueños con vivo interés y sentimiento. Lleno de pesar y de profunda pena, les manifestó que en aquellos instantes le era imposible disponer de fuerza española ninguna para auxiliarles, pues se veia precisado á enviarla por los barcos que debian llevarse á Texcoco para empezar el sitio de Méjico. Les aconsejó, á fin de proporcionarles la posibilidad del triunfo sobre los aztecas, que se dirigiesen á los señores de Huexotzinco, Cholula y Quauquechollan, y les dijese, de su parte, que les favoreciesen con sus tropas, para combatir contra el enemigo comun. En los momentos que les daba el anterior consejo, se presentaron tres embajadores, enviados precisamente por los señores de

(1) «Y certifico á V. M. que, como en la otra relación escribí, allende de nuestro trabajo y necesidad, la mayor fatiga que teníamos era no poder ayudar y socorrer á los indios nuestros amigos, que por ser vasallos de V. M. eran molestados y trabajados de los de Cuiúa.»—Tercera carta de Cortés.

las provincias mencionadas. Despues de saludar respetuosamente al general castellano, expusieron la comision que llevaban. Dijeron, delante de los mensajeros chalqueños, que los señores de Huexotzinco y Cholula, así como el pueblo, estaban cuidadosos de la suerte que habian corrido los hombres blancos en el valle. Segun aseguraron, ninguna noticia habian tenido del ejército expedicionario, desde que penetró en el territorio azteca, y esto les tenia en notable sobresalto. Agregaron, que anhelando descubrir algo que les indicase la suerte que corrian los cristianos, habian colocado en las montañas mas altas, que confinaban con sus provincias, entendidos vigías que observasen si se descubria alguna señal alarmante. Los encargados de observar, habian visto grandes ahumadas en los montes del territorio azteca. Estas ahumadas eran señales inequívocas de guerra; y sus gobernantes, les enviaban para saber si el jefe español necesitaba de nuevos ejércitos, para enviarlos inmediatamente en su auxilio.

Hernan Cortés les dió las gracias por su generosa oferta; les manifestó que las armas aliadas se hallaban triunfantes; y les hizo saber que poderosas provincias del valle, entre las cuales se encontraba la feraz de Chalco, eran sus amigas y aliadas. Queriendo aprovechar entonces la oportunidad que se le presentaba de poder favorecer á los chalqueños, manifestó á los embajadores de Huexotzinco, que les agradeceria mucho que las fuerzas con que anhelaban favorecerle, las enviasen en auxilio de los habitantes de Chalco, que se habian unido á la corona de Castilla. La proposicion del general castellano sorprendió á los enviados huexotzincos. Existian odios antiguos entre una